

Lyra Ekström Lindbäck

Moral

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano



Galaxia Gutenberg

LYRA EKSTRÖM LINDBÄCK

Moral
Una novela

Traducción de
Carmen Montes Cano

Galaxia Gutenberg

SWEDISH ARTSCOUNCIL

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *Moral: En roman*
Traducción del sueco: Carmen Montes Cano

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Lyra Ekström Lindbäck, 2025
Publicado según acuerdo con Sebes & Bisseling Literary Agency
© de la traducción: Carmen Montes Cano, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 10767-2025
ISBN: 979-13-87605-13-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Esto es una novela.
Toda posible diferencia respecto
de la realidad es intencionada.

There is an important difference between learning about virtue and practising it, and the former can indeed be a delusive substitute which effectively prevents the latter.

Iris Murdoch,
Metaphysics as a Guide to Morals

Existe una diferencia importante entre aprender acerca de la virtud y practicarla, y lo cierto es que lo primero puede ser un ilusorio sustituto que, en realidad, impida lo segundo.

Iris Murdoch,
La metafísica como guía para la moral

Sería un error decir que fuiste el único que tomó la iniciativa. Puedo señalar con total exactitud cuándo traspasé el límite.

Por extraño que parezca, esos instantes casi siempre pasan por inocentes, incluso para uno mismo, a pesar de que sabemos a la perfección lo que hay en juego. Pueden transcurrir varias semanas de roces fortuitos y vagas alusiones, pasos de baile que adquieren la forma que adquieren porque negamos lo que está ocurriendo. Al final nos hemos acostumbrado tanto a fingir que no sabemos cuáles son las señales que enviamos que ya no nos percatamos de ellas, y cada mala elección se nos presenta como algo que nos sucede, en lugar de como una situación que nosotros mismos hemos contribuido a crear.

Es una noche en el bar de siempre, con sus mesas salpicadas de sopa y el fútbol en los televisores en cada rincón. Los investigadores están ahí sentados con sus buenas copas de cerveza y hablan apasionadamente después del seminario. Uno de ellos ha presentado un artículo sobre la paradoja de la humildad: ¿cómo es posible aspirar deliberadamente a ser humilde, sin resultar presuntuoso? Hoy te toca a ti quedarte en casa con los niños, y es tu mujer la que ha asistido. Está en una silla que sobresale un poco al otro extremo de la mesa. El corte de pelo a lo paje le cae en la cara y forma una línea perfecta a lo largo de la comisura de los labios cuando se inclina hacia delante para decir algo. No puedo oír qué exactamente. No sonríe, rara vez sonríe, pero tiene los ojos grandes y muy abiertos de un modo que denota más entusiasmo que enojo.

Yo he terminado un tanto cansada de más para participar en la conversación. La discusión se fragmenta; en nuestro extremo de la mesa, otro de los investigadores comienza a hablar de sus años en Upsala. Un viejo compañero tuyo de la universidad dice que en aquellos años destacabas de verdad con tu estilo un tanto roquero. Me animo, me río con una súbita alegría. Le pregunto cosas. Pido otra cerveza.

Por debajo de la mesa, te escribo un mensaje de texto: «No te imaginas lo que chismorrean de ti cuando no estás». Vacilo un poco con el dedo en «Enviar». Es un mensaje del todo inocente, pero tan gratuito que invita a algo. Con el móvil pegado al muslo, participo un rato en la conversación. Sonrío y asiento a lo tonto como una muñeca sumisa. Cojo el teléfono de nuevo y envío el mensaje en cuanto se ilumina la pantalla, como sin haber llegado a tomar la decisión de verdad.

Tengo que esforzarme para no abrir los ojos como platos con una sonrisa bobalicona. Acto seguido, me siento más irreal, hueca, atravesada por un resplandor clínico y frío. Me guardo el móvil en el bolsillo trasero y me doy cuenta de que he cometido un error. Un segundo después me vibra contra el muslo a través del vaquero, una confirmación inmediata de que sé muy bien lo que estoy haciendo y de que soy una perfecta idiota.

La paradoja de la humildad: reconozco que también soy culpable, pero solo para que parezca que soy mejor persona. Yo también he iniciado esta historia. Además, llevaba minifalda. Y me emborraché más de la cuenta. Puedo acusarme a mí misma, para que quienes lean esto puedan concentrarse en tu persona.

No, esto no es ninguna acusación. Me he puesto a escribir solo en un intento de no mentir más. Sí, claro, es ficción y viene llena de elementos inventados, pero la historia misma está tan traspasada de falsedad que eso apenas implica ninguna diferencia. Aunque para ti sí que la diferencia es enorme. Y, para mí, la verdad tiene un apetecible regusto agridulce a venganza, una negra pasión que escuece en la raíz de la lengua.

Si escribo para ti es con la idea de que puedas verte a ti mismo desde fuera. Quiero recrear esa situación del seminario en la que yo estoy en el enlace al vídeo y apago la cámara. La pantalla en la que antes habéis visto mi rostro se convierte en un recuadro negro con mi nombre en letras blancas: «Anna Lindström», y luego, la pantalla que muestra lo que yo veo: tus hombros estrechos con la americana, la camisa con el cuello desabrochado, retrepado entre otros dos investigadores de los que la cámara solo muestra un brazo. Yo soy pura percepción. El ojo de una cámara de un milímetro al que tú miras directamente una y otra vez, con el meñique en la comisura de los labios y los ojos entornados tras la montura negra de las gafas. Con discreción, para que el resto de los presentes en la sala

crean que solo estás mirando al infinito, que estás meditando sin objetivo concreto. Pero yo sé lo que significa el brillo frío de esa mirada de ojos entornados. Es así como me miras cuando estamos solos. De vez en cuando te revuelves un poco ante la cámara, sin saber si seguiré siquiera al otro lado. Cuando enciendo el micrófono para hacer una pregunta, veo que una sacudida de energía te atraviesa el cuerpo, va por los brazos y hasta las yemas de los dedos. Se te quiebra la voz con una excitación sarcástica infantil cuando te saltas el turno de palabra para responder.

Ahora, es decir, en el instante mismo en el que estás leyendo estas líneas, miras directamente hacia algo muy distinto. Seguramente, tienes la cara contraída de preocupación. Si de verdad hubieras querido oír todo esto, habría podido decírtelo hace mucho. Hoy, en cambio, lo que te ofrezco es el relato de cómo te veo yo ahora que ya no puedes fijar en mí la mirada.

En el instante en el que yo estoy escribiendo estas líneas, me he sentado acurrucada en la estrecha cama del cuarto de estudiantes, chupando un caramelo de eucalipto, dando sorbitos a un vino tinto acuoso y agrio del estanco de la esquina, y pelando una mandarina, una combinación asquerosa de olores y sabores, acorde con mi estado de ánimo. El paquete rasgado de condones aún sigue en el alféizar de la ventana y brilla en tonos lila y oro al resplandor de la luz de la farola que se filtra por las finas cortinas de algodón. Beyond Thin, True Feeling, el más caro de la marca RFSU, me he traído un paquete de Suecia. Tengo la cabeza cargada a causa del resfriado, y así no hay forma de leer filosofía, de modo que he abierto el cuaderno y me he puesto a escribir.

Ya me siento incómoda por mis palabras. Aunque trate de convencerme de que solo escribo por mí, para tener un poco de perspectiva de mis sentimientos, barrunto que aquí se encierra el germen de una novela. Y la inspiración lleva aparejada cierta falta de escrúpulos. Aunque el texto tuviera consecuencias molestas, aunque ocasionara problemas en la vida de otros, sé bien que jamás lo enterraría por otra razón que el no haber conseguido que fuera lo bastante bueno.

Voy a intentar explicarlo desde el principio, aunque el principio resulte una reconstrucción *a posteriori*. Está inundado de ambiguos sentimientos pringosos donde no distingo los tuyos de los míos, como no distingo qué es qué en la entrepierna de mis bragas después de haberme corrido. Reseco y tieso.

Seguramente me habré expresado de un modo grosero, pero ningún tono me parece adecuado en este terreno. Ni la vulnerabilidad ni el sarcasmo se ajustan del todo.

Incluso antes de empezar a escribir se me antojaba como poner en escena un relato emocionante. Un clásico, ni más ni menos. Yo era uno de todos los jóvenes atractivos que poblaban los diálogos de Platón, solo que con el pelo rubio y vaporoso y los labios pintados. Tú eras un filósofo mayor que yo, que iba a enseñarme cómo el deseo puede conducir al conocimiento. *Philosophia*, «amor a la sabiduría» en griego. Con una ingenuidad interpretada con ironía, acudí al seminario con calcetines altos, me enrollé un mechón de pelo en el dedo y me hice pasar por una persona joven, deslumbrada e influenciable, aunque un tanto excesiva e impetuosa. Interpreté al bello Agatón, que le pide a Sócrates que se tumbe a su lado para que, gracias al mero roce, le transmita parte de su sabiduría. Interpreté al temperamental Alcibíades, que entra ebrio de pronto e interrumpe el banquete para contar cómo ha sido mordido por la serpiente de la filosofía. Interpreté al maleable y atractivo Fedro, que logra atraer a Sócrates fuera de los muros de la ciudad y lo colma de un nuevo tipo de inspiración filosófica. Quería captar tu atención y conseguir que me hablaras. Quería algo que no sabía muy bien qué era: creía que era lo mismo que querer comprender.

La curiosidad es lo peor que hay. En el fondo, un deseo ardiente de saber, de tener la posibilidad de ver qué es lo que podría ocurrir, *qué es lo que va a ocurrir*. El ansia de ver lo que se construye o se derrumba en el futuro, y cómo; si algo explota, y cuándo. Es el mismo tipo de deseo que nos hace pasar las hojas de un relato como hipnotizados, porque queremos saber qué va a ocurrir. ¿No es eso deseo de conocimiento?

Unas semanas después de que empezara el cuatrimestre, mientras deambulaba por las calles de la ciudad de provincias checa con tu mano tan hundida en mis pantalones que

la cremallera saltó, quedó claro que en realidad se trataba de un deseo completamente distinto. Un deseo que no tenía mucho que ver con la filosofía. Un deseo que tal vez ni siquiera fuera mío.